

## VIII.

Es inútil la lucha, y hace en vano  
 Esfuerzo sobrehumano  
 Para evitar el insondable abismo,  
 Que la llama, la arrastra y la fascina  
 El alma, que camina  
 La misma siempre y sobre el mundo mismo.

## IX.

Allí Sor Magdalena, retraída,  
 La congojosa vida,  
 Que secreto dolor constante amarga,  
 Divide austera en el asilo santo  
 Entre oración y llanto,  
 Que hacen más dura la tremenda carga.

## X.

En su primer amor fué tan constante,  
 Tan tierna y tan amante,  
 Que al sentir el inmenso desconsuelo  
 Del primer desengaño, arrebatada,  
 Y ciega y despechada,  
 Celebra eternas nupcias con el cielo.

## XI.

Mas sin hallar descanso ni reposo,  
 Del celestial esposo  
 Cambia la forma y equivoca el nombre,  
 Y al invocarle ardiente en su amargura,  
 Le sueña en su locura  
 Con las formas fantásticas de un hombre.

## XII.

Del hombre mismo que su fe quebranta  
 Cuya imagen levanta  
 Sobre ancho pedestal de amor inmenso,  
 Lo mismo en la sonrisa que en el lloro,  
 En el altar y el coro  
 Y entre las blancas ondas del incienso.

## XIII.

Nunca puede alcanzar que la abandone,  
 Y siempre se interpone  
 Entre ella y Dios cual sombra temeraria,  
 Y apasionadas frases le provoca  
 Que salen de su boca,  
 Mezclándose á la mística plegaria.

## XIV.

Sueña escuchar palabras seductoras  
 En las calladas horas  
 En que del templo en la tranquila nave  
 Resbalando en los ámbitos oscuros  
 Sobre los viejos muros  
 Alza el viento rumor pausado y grave.

## XV.

Á veces tentadoras armonías  
 De fiestas y alegrías,  
 Alzándose confusas y lejanas,  
 Entran á perseguirla hasta su lecho,  
 Asaltando el estrecho  
 Paso que dan al aire las ventanas.

## XVI.

Entonces con la fiebre del delirio  
 Doblando su martirio,  
 Se siente transportada á los salones  
 Donde luciendo gala y gentileza,  
 Es imán su belleza  
 De ardientes y viriles corazones.

## XVII.

La atmósfera candente y perfumada  
 Respira enamorada,  
 Siente el nervudo brazo en su cintura  
 Que en la ligera danza la sostiene,  
 Y hasta su frente viene  
 El suspiro que arranca su hermosura.

## XVIII.

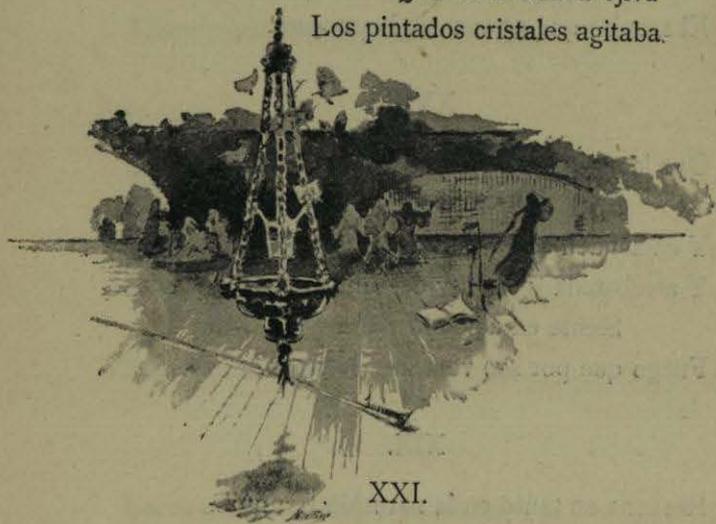
Oye las frases del amor que hechizan,  
 Frases que se deslizan  
 Y encienden en su pecho ardiente llama,  
 Y arrebatada y ciega y delirante  
 Siente en aquel instante  
 Fuego que por sus venas se derrama.

## XIX.

Resuena en tanto en la mansión tranquila  
 La destemplada esquila,  
 Que al rezo convocando la despierta,  
 Y arranca de sus labios un gemido  
 Al mirar convertido  
 Soñado bien en desventura cierta.

## XX.

Una hermosa mañana, desde el coro,  
 El órgano sonoro  
 Por las augustas naves derramaba  
 De voces la corriente fugitiva  
 Que en la calada ojiva  
 Los pintados cristales agitaba.



## XXI.

Monótono y tristísimo murmullo,  
 Como lejano arrullo  
 Levantado por voces misteriosas,  
 Y dando de piedad muestra y ejemplo,  
 Se escuchaba en el templo  
 El rezo de las santas religiosas.

## XXII.

Del alba pura á la primer sonrisa  
 Comenzaba la misa,  
 Y en el fondo del templo, arrodillado  
 En humilde actitud, baja la frente,  
 Á la oración ferviente  
 Un apuesto doncel yace entregado.

## XXIII.

Inmóvil y tan cerca de la reja  
 Una estatua semeja,  
 Ejemplo mudo del orgullo humano,  
 Que con el arte pretendió altanero  
 Recordar al guerrero  
 Sobre la humilde fosa del cristiano.

## XXIV.

Bajo los pliegues del tupido velo,  
 Fuerzas pidiendo al cielo,  
 Que ya le faltan en la lucha fiera,  
 Repasa Magdalena en sus congojas  
 Las amarillas hojas  
 Del viejo libro en que rezar quisiera.

XXV.

Absorta con su propio pensamiento,  
El agitado viento,  
Cruzando las estrechas celosías,  
Llega á su faz, trayendo de la nave  
Un perfume süave,  
Encantador recuerdo de otros días.

XXVI.

Como herida de un rayo, palpitante  
Alza el rostro anhelante,  
Porque el perfume aquel es su perfume;  
Mil veces lo aspiró cuando á su lado,  
Galán y enamorado,  
La pasión le inspiró que la consume.

XXVII.

¡Qué infinitos recuerdos en su pecho,  
Como huracán deshecho,  
Despierta aquella ráfaga perdida!  
Todo el pasado surge en su memoria,  
Y olvidando la gloria,  
Á su antigua pasión torna vencida.



XXVIII.

Sobre la reja la encubierta frente  
Reclina febrilmente,  
Y despidiendo rayos, su mirada  
Se clava al fin como puñal de acero,  
Del gentil caballero  
En la faz dolorida y conturbada.

## XXIX.

Él es: sus penas, al mirarle, entiende,  
 Y adivina y comprende  
 Que si en su rostro la profunda huella  
 Se marca del dolor, y si rendido  
 Hasta el templo ha venido,  
 Es por ella no más, no más por ella.

## XXX.

En ese rapto de pasión no alcanza  
 Más risueña esperanza  
 Que del claustro romper los férreos lazos,  
 Y lanzándose al mundo en raudo vuelo,  
 Ir á buscar el cielo  
 Expirante de amor entre sus brazos.

## XXXI.

Terrible la impaciencia la devora;  
 Fugaz pasa la hora  
 Destinada á los rezos matinales;  
 Se concluye la misa, y lentamente  
 Silenciosa la gente  
 Va cruzando del templo los umbrales.

## XXXII.

El último devoto desaparece,  
 Y sólo permanece,  
 Como perdido en la anchurosa nave  
 Junto á la reja, inmóvil y severo,  
 El gentil caballero  
 De noble porte y continente grave.

## XXXIII.

Reconcentrado en su pensar profundo,  
 Olvidado del mundo,  
 Y en hondas reflexiones sumergido,  
 Escucha ya del éxtasis despierto  
 Leve rumor incierto  
 Que baja desde el coro hasta su oído.

## XXXIV.

¿Es un vago suspiro de ternura?  
 ¿Un eco de amargura?  
 ¿De ignorado dolor errante queja  
 Que exhala como místico perfume  
 Alma que se consume  
 Allá detrás de la inflexible reja?.....

## XXXV.

Vuelve el rostro el mancebo, y con espanto,  
 Bajo del velo santo,  
 Apartado con mano convulsiva,  
 Contempla marchitada por la pena  
 La faz de Magdalena  
 Y su mirada ardiente y expresiva.

## XXXVI.

Apenas conteniéndose, sofoca  
 El grito que á su boca  
 Arranca la sorpresa, y sin aliento,  
 Y como el árbol por el rayo herido,  
 Vacila conmovido,  
 Perdiendo en sombras vista y pensamiento.

## XXXVII.

Inmóviles los dos, con las miradas  
 Uno en otro clavadas,  
 Extáticos y absortos permanecen;  
 Hasta que ya las solitarias naves  
 Con los ecos süaves  
 De la última plegaria se estremecen.

## XXXVIII.

Entonces, como huyendo del abismo,  
 Con terrible heroísmo,  
 Se aparta Magdalena de la reja  
 Sin volver la mirada; y presa en tanto  
 De repentino espanto,  
 Con raudos pasos el doncel se aleja.

## XXXIX.

¿Qué horrible tempestad se precipita,  
 Y conmueve y agita  
 De Magdalena el alma sin ventura  
 Que se siente arrastrada en su camino  
 Por fiero torbellino  
 De negro abismo hasta la sima obscura!

## XL.

Nunca con más pasión, ni más intenso  
 Aquel cariño inmenso  
 Encendiendo su ser, mostró á sus ojos  
 Fantasma de ilusión tan palpitante  
 Que busca delirante  
 Besos candentes en sus labios rojos.

XLIX

Ya se sueña feliz, cuando violento  
Clava el remordimiento  
Sus garras en el pecho dolorido,  
Y ofusca la ilusión, y es tan agudo  
Aquel dolor, que rudo  
Arranca de sus labios un gemido.

XLII.

Como del puerto al encendido faro  
En demanda de amparo,  
Ante la imagen pura de María,  
Atribulada por creciente pena,  
Se arroja Magdalena  
Implorando favor en su agonía.

XLIII.

Desfallecida, ante el altar de hinojos,  
Y los nublados ojos  
Con ardiente fervor alzando al cielo,  
Á la madre de Dios envía el alma  
Para pedirle calma  
Y en su santo cariño hallar consuelo.



XLIV.

Y piensa que descubre, aunque de lejos,  
Los pálidos reflejos  
De inexplicable y mística ventura,  
Y oye voces que pasan murmurando,  
Apacibles calmando  
Su agitación febril y su amargura.

XLV.

En su pecho renace la esperanza;  
Se imagina que alcanza  
Á extinguir la pasión que la devora,  
Y de súbito se alza más terrible,  
Mostrándose invencible  
Atizando su llama hora por hora.

XLVI.

En tan hondo penar, en tal fatiga,  
Y sin que mano amiga  
Le preste apoyo en la mortal dolencia,  
Llega la noche con su negro manto  
Acreciendo el espanto  
De las sombras que envuelven la conciencia.

XLVII.

Pero del alba al pálido reflejo,  
Con su grato cortejo  
De ilusiones fantásticas, triunfante  
Vuelve el amor, y corre Magdalena,  
Olvidando la pena,  
Hasta la reja en busca de su amante.



XLVIII.

Se abre del templo la crujiente puerta,  
Y en la nave desierta  
El apuesto galán entra el primero:  
Cruza frente al altar, su faz humilla,  
Y luego se arrodilla  
Junto á la reja, pálido y severo.

XLIX.

El alma en la mirada reconcentra,  
Y procura y encuentra  
Fulgurantes y límpidos los ojos  
De Magdalena, y grata una sonrisa  
Que dibuja indecisa  
Plácido amor entre sus labios rojos.

L.

Y así se pasan uno y otro día;  
Ella en la celosía,  
Ardiente, apasionada, insaciable;  
Él de hinojos, inmóvil, arrobado,  
Al delirio entregado  
Del éxtasis más puro é inefable.

LI.

Ahoga Magdalena en su demencia  
La voz de la conciencia;  
No lucha más; cesó el remordimiento,  
Y á la encantada luz de sus amores  
Ve cubrirse de flores  
El obscuro recinto del convento.



LII.

Un mundo de placer halla en sí misma;  
Se confunde y se abisma  
En la imagen del hombre que es su sueño,  
Y al sentir de su amor los fuertes lazos,  
Mirarle entre sus brazos  
Es su sola ambición, su solo empeño.

## LIII.

Una tibia mañana, y cuando apenas  
 Tranquilas y serenas  
 Las luces de la aurora iban brotando,  
 El doncel, que del coro no se aparta,  
 Ve caer una carta,  
 Que alzó ligero y ocultó temblando.

## LIV.

¡Con qué impaciencia que termine ansía  
 La misa de ese día!  
 Y no bien se termina, presuroso  
 El templo deja y á su casa vuela,  
 Y rompe de la esquela  
 El nuema perfumado y misterioso.

## LV.

«Sol de mi vida, mi constante anhelo,  
 Aurora de mi cielo  
 —Dice la carta—el vértigo me ciega;  
 En vano lucho por buscar la calma;  
 Ven á obtener la palma  
 De esta mujer que á tu pasión se entrega.

## LVI.

No vaciles, no temas: de este abismo  
 Arráncame tú mismo;  
 En esta noche y al sonar la una,  
 Por la tapia que mira al Occidente  
 Escala, que impaciente  
 En mis brazos te aguarda la fortuna.

## LVII.

Feliz te seguiré; por ti desprecio  
 Cuanto en el mundo necio  
 Empeño ardiente ó ambición inspira,  
 Nada, contigo, nada me acobarda;  
 Ven presto, que te aguarda  
 No Magdalena ya, sino tu *Elvira*.

## LVIII.

En un inculto, abandonado huerto,  
 Pavoroso y desierto,  
 Que enmarañada envuelve la maleza  
 Y que pendiente y elevado muro  
 Le sirve de seguro,  
 Dando al convento linde y fortaleza,

LIX.

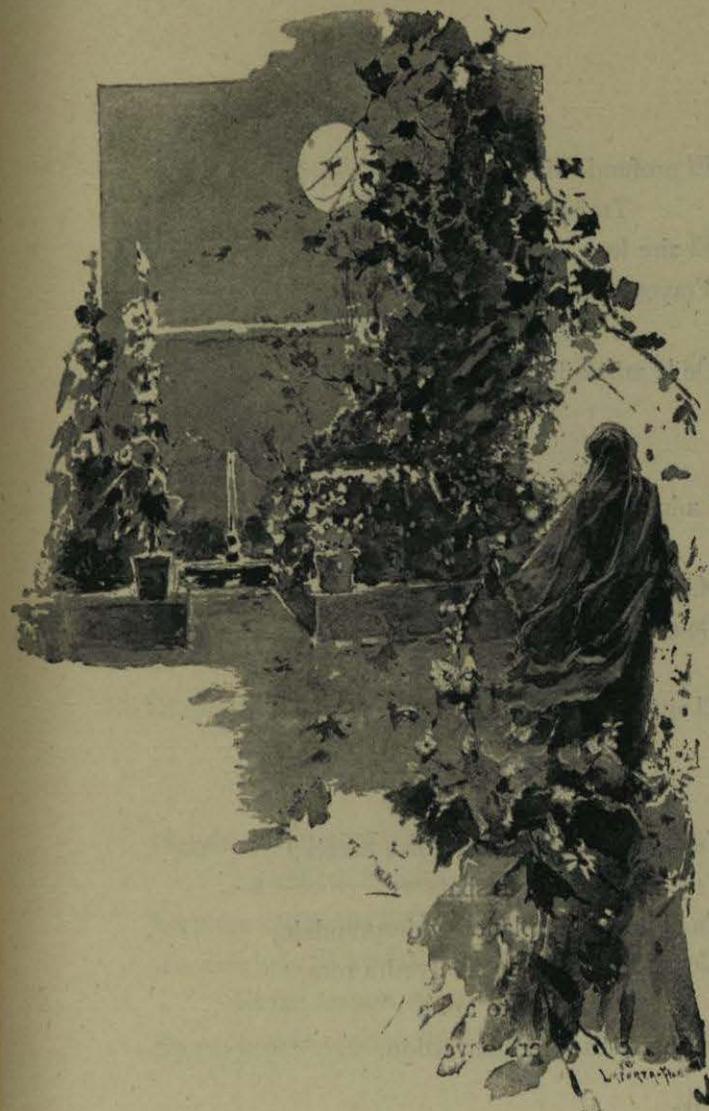
Aquella noche y al sonar la una,  
Y cuando ya la luna  
Pálida y al ocaso se avecina,  
Leve rumor se escucha y, cautelosa,  
Una sombra medrosa  
En la vaga penumbra se adivina.

LX.

Es Magdalena: con febril empuje,  
La maleza, que cruje,  
Rompiendo va para llegar ligera  
Hasta el pie de la tapia, y palpitante  
El anhelado instante  
Allí, temblando, entre la sombra espera.

LXI.

Dejó ya la sagrada vestidura,  
Símbolo de clausura;  
En negro manto su belleza envuelve;  
Que ya de su pasión el desvarío,  
En su anhelar impío,  
A romper con el cielo la resuelve,



## LXII.

El profundo silencio de aquel huerto  
 Turba tan sólo, incierto,  
 El aire leve, con sus vagas ondas  
 Trayendo el eco de rumor lejano,  
 Ó sacudiendo ufano  
 De la arboleda las movibles frondas.

## LXIII.

La luna en el ocaso se sepulta,  
 Y entre la sombra, oculta  
 Magdalena impaciente y esperando,  
 De súbito se yergue y se estremece;  
 Que su amante aparece  
 El altísimo muro coronando.

## LXIV.

Cuelga el doncel la movediza escala;  
 Pero torpe resbala  
 En el musgo su planta, y desprendido,  
 Llevando en pos de sí la yedra rota,  
 El pavimento azota  
 En inerte cadáver convertido.

## LXV.

Magdalena, aterrada, ronco y fiero  
 Gemido lastimero  
 Exhala de su pecho y se desploma,  
 Como herida de muerte y sin aliento  
 Sobre el tronco sangriento,  
 Cuando la luz en el Oriente asoma.

## LXVI.

Vibra á poco la voz de una campana,  
 Que, sonando lejana,  
 La torna en sí de su mortal letargo,  
 Y tiembla Magdalena, sorprendida  
 De volver á la vida  
 En tanto duelo y trance tan amargo.

## LXVII.

Tímida en derredor mira y se espanta.....  
 La cabeza levanta.....  
 Errantes vagan sus turbados ojos.....  
 ¿Es delirio? ¿Es verdad? Ni está en el huerto  
 Ni del amante muerto  
 En sus brazos oprime sus despojos.



LXVIII.

Es aquella su celda, aquel su lecho  
    Incómodo y estrecho;  
Su mesa y su sitial de tosco encino,  
Y el cuadro de la imagen de María,  
    Difundiendo alegría  
El resplandor de su mirar divino.

LXIX.

Y todo lo contempla absorta, muda,  
    Y la espantosa duda  
Se agita en su cerebro y la sofoca;  
Siente que débil la razón le falta,  
    Y de su lecho salta  
Delirante, turbada, como loca.

LXX.

En la celda la luz de la mañana  
    Por la estrecha ventana  
Se desliza apacible: Magdalena,  
De la duda tenaz en el empeño,  
    Pensando que es un sueño,  
Corre á la iglesia, de esperanza llena.

LXXI.

Él debe estar allí: ella le busca,  
    Y su razón se ofusca,  
Porque ni está, ni llega, y terminada  
La santa ceremonia, ya la gente  
    Se aleja lentamente,  
Y llora la infeliz atribulada.



## LXXII.

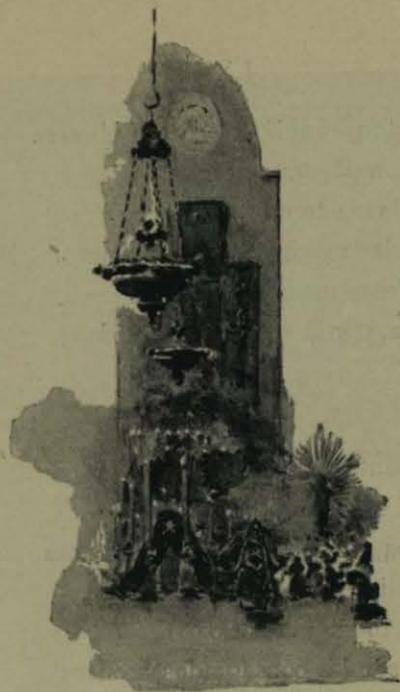
Vuela entonces al huerto, y allí observa  
Con pavor que conserva  
Sus pisadas la arena removida,  
Destrozada la yedra, y junto al muro  
Triste manchón obscuro  
De hierba, por la sangre enrojecida.

## LXXIII.

En espantosa confusión no acierta  
Si soñando ó despierta  
Está en aquel instante, y dan entonces  
De la iglesia en el alto campanario  
El toque funerario  
En triste son los consagrados bronce.

## LXXIV.

De allí se aparta vacilante y ciega,  
Y cuando al templo llega  
La dicen que la víspera en un duelo  
Álvaro sucumbió; que del convento  
Bienhechor opulento  
Sus plegarias por él levante al cielo.



LXXV.

Pocos años después aún se veía  
Al despuntar el día,  
Tras la reja del coro arrodillada,  
Semejante á fantasma silenciosa,  
Humilde religiosa,  
Muda, pálida, triste y demacrada.

LXXVI.

Era Sor Magdalena; su existencia,  
Por oculta dolencia  
Sin tregua ni descanso combatida,  
Se agotaba fugaz, sin el consuelo  
De explicarse en su anhelo  
El terrible secreto de su vida.

